

En NUEVAS BASES, Montevideo, n° 5, agosto de 1962, p. 4.

EL REVISIONISMO Y SUS ENEMIGOS

Aunque la historia del “revisionismo histórico” no ha sido todavía realizada, puede presumirse que, como ocurre en el orden cultural con bastante frecuencia, el término se aplicó inicialmente con cierto matiz de concesión risueña, con cierta intención, inequívocamente burlona. Que este matiz haya variado hasta el tono de la indignación resentida con que se le emplea, valga el ejemplo, en la página bibliográfica de “La Nación” de Buenos Aires, es sintomático del hecho que el “revisionismo” creció con el tiempo; el hecho de que lo que eran las tímidas continuaciones prorosistas de los seguidores de Saldías y de Quesada, se haya convertido hoy en la corriente más caudalosa de la literatura historiográfica en el Río de la Plata.

El “revisionismo” no ha entrado todavía a nuestros solemnes y acartonados Institutos, a nuestras plúmbeas Academias y ¿quién duda que el señor Ariosto González (seleccionador nato de próceres) lo detesta tanto como el finado Dr. Levene? Pero fuera de ellas, en los libros que llegan a manos de la gente y hasta en el ejercicio intelectual de los ensayistas e investigadores de menos de cincuenta años, el “revisionismo” es prácticamente tan dominante que no es difícil prever que algún día se llamarán revisionistas los que aspiren, si no a destruirlo, a “revisarlo”. Una tarea que, por lo que diré más adelante, bien puede necesitar.

Toda Historia es Revisión

Toda historia, o toda historiografía (para no confundir los objetos), es, en puridad “revisionista”, ¿quién no revisa si no se limita a copiar o repetir? Revisión es en las ciencias sinónimo mismo de originalidad, de invención, de creación. Todo gran historiador – llámese Mommsen, Burckhardt, Treveylan o Huizinga – ha sido un revisionista de las semi-verdades establecidas antes de sus indagaciones y sus hallazgos. Pero la historiografía es, además de una realizable colección de grandes historiadores, un determinado nivel de investigación y direcciones en cada época y lugar determinados. Y si nos colocarnos desde ahora en el nivel historiográfico del Río de la Plata durante las primeras décadas de nuestro siglo, parecería que algunos ataques que al “revisionismo histórico” se dirigen padecieran de una curiosa amnesia acerca de lo que ese nivel, esas direcciones, esa investigación representaban.

Una historiografía era aquella ceñida estrictamente, para comenzar, a la valoración impuesta a los hechos del pasado por los grupos dominantes del Uruguay y la Argentina. Al otro lado del río abominaba de los caudillos y del federalismo (Artigas incluido en ellos), ensalzaba la obra de los realizadores civiles de la “edad aluvial”, entonaba loas a la ponderación irrestricta del capital, la empresa y el caudal humano extranjeros. Aquí refirmada a macha martillo la versión histórica que hacía del Partido Colorado el realizador de la “civilización” y de las “luces” contra la barbarie ancestral del campo y sus formas políticas, sociales y culturales. Aquí, también, subrayaba las circunstancias inamovibles y predestinadas que, la lucidez inglesa mediante, habían hecho del Uruguay una pequeña y lúcida nación, progresista y suficiente, fraternalmente abierta a la presencia benevolente de Europa. Era también esa historiografía, para seguir, una historiografía

esencialmente política y a menudo partidaria: la prolongación de los grandes partidos hasta nuestro tiempo convertía (y convierte aún, pero remanentemente) cada episodio del pasado en un campo enconado de lucha y polémica banderiza. El camino señalado por Mitre en la calibración de los hechos económicos y sociales tenía alguna aplicación para la época colonial (Blanco Acevedo es un ejemplo) pero todo lo que seguía se movía en un empíreo de ideas, de pasiones, de juicios morales, de concepciones constitucionales. Y decir esto supone decir que las clases, los grupos sociales nada tenían que ver habitualmente con la causación de ningún acontecimiento. Historia de personalidades, de “héroes” era también, fijados para siempre en el encomio de las celebraciones, una historia en la que las multitudes, los hombres comunes que viven y mueren sin nombre, sólo representaban las comparsas ocasionalmente presentes de los predestinados. Y era también, por fin, (aunque estos rasgos podrían extenderse mucho más) una historiografía que concebía cada una de las naciones — sólo de 1835 a 1870 era probable que el ángulo de visión abarcara toda la zona platense — como un vaso cerrado y aislado de la historia de América y de una historia universal, como una “totalidad inmanente” (valga la pedantería) en la que todos los sucesos tenían su explicación sin necesidad de recurrir a nada que ocurriese fuera de ella.

Esta fórmula, señálese por si alguien lo dudara, no cubre ni mucho menos las características personales de todos los historiadores rioplatenses hasta una época dada: el “revisionismo” tuvo numerosos precursores en los que puede señalarse el ejercicio eficaz de notas muy distintas. Pero que aquellos rasgos eran los dominantes podría abonarlo las resistencias y hasta el desprecio que aquellos marginales encontraron, ¿qué animadversiones no despertó

Quesada en la Argentina; qué estimación despertó en obra de Herrera hasta casi nuestros días?

Las Líneas de Ruptura

De cualquier manera, es fácil caracterizar al “revisionismo” señalando las vías por las que tuvo que marcarse la insatisfacción por la historia reinante.

La disconformidad, la incertidumbre por el presente que se vive y por la dirección de la colectividad que se integra es una fuerza que no viene desde el hacer historiográfico mismo pero lo promueve y lo determina: si la historia no es pasatiempo erudito es, como tanto lo sostuvo Croce, “historia desde el presente”, aspiración urgida y necesaria de entender lo que se ha sido para entender lo que se está siendo, para prever lo que se ha de ser. La crisis de las naciones hispanoamericanas en el torbellino de las dos guerras mundiales y en lo que como rioplatenses más nos toca, el reemplazo del imperialismo inglés por el norteamericano, ha suscitado en nuestros países una literatura de introspección nacional, una ensayística de balance y hasta de masoquismo que tenía que enfrentar, en todo lo que representa un móvil auténtico, las vigencias establecidas sobre nuestro pasado.

En este sentirnos tomados en vilo por la tormenta histórico-social del mundo yace también la necesidad de vincular nuestras historias nacionales con las de todo el Occidente y, en especial, con la de América y las otras áreas de la tierra también “marginales” o “atrasadas”. Valgan, como prueba de esto, los desarrollos de José Luis Romero en su “Historia de las ideas políticas en la Argentina” o el

ejemplar empleo que hace Vivian Trías de las crisis económicas europeas en la explicación del pasado del país.

Se sea o no marxista (y el “revisionismo” no empezó, por cierto, siéndolo) la atención a las estructuras económicas, a los cambios de la técnica, a la existencia de las clases parece inseparable para el temperamento, para el “estilo del pensar” de las generaciones jóvenes, de un genérico “realismo” histórico y social que tiende a relativizar el valor de las “ideologías” y a señalar los concretos intereses que laten bajo ellas, que tiende, sobre todo, a desconfiar de todos los lemas y los verbalismos políticos en su valor de instrumentos aptos para explicar la auténtica oposición de las fuerzas sociales, de los antagonismos culturales, de las luchas políticas internas o internacionales. Si la anterior proclividad no viniera de la entraña misma de la evolución intelectual de Occidente un cuarto de siglo de envilecimiento propagandístico masificado, de “bourrage de crane”, de “luchas entre el Bien y el Mal” hubieran suscitado en los resistentes a ellas la tentación de cultivarla.

El Meteoro Imperialista

Todo lo anterior, sin embargo, condiciones de una buena historiografía a nivel universal, no basta para caracterizar lo que posee de específico un “revisionismo histórico” solvente, practicado entre nosotros o en ámbitos similares al nuestro.

Más que ningún otro rasgo lo que distingue a este revisionismo es la conciencia de un fenómeno universal que es el imperialismo, la atención nunca debilitada a un proceso de expansión mundial que protagonizaron ciertas potencias europeas (Inglaterra, Francia, sobre todo) y los

Estados Unidos tras ellas, a un proceso que posee manifestaciones económicas, políticas y culturales y que preside, a modo de gran meteoro histórico, el nacimiento y la vida de las naciones que irrumpieron fuera de Europa a la vida internacional en los dos últimos siglos.

El conocimiento cabal de la etiología del fenómeno imperialista no importa, como es comprensible, automatizar las historias nacionales a sus dictados: la existencia de cualquier “nación”, por endeble que su contextura sea, por débiles que sus instrumentos políticos resulten, por oscurecida que su conciencia colectiva esté, representa siempre un margen de autonomía relativa, de imprevisibilidad, de implanificable “densidad social” que hace difícil explicar bien ningún momento de su desarrollo con las pautas de una adaptación mimética a los dictados venidos de fuera. De cualquier manera, saber lo que es el imperialismo, vale por la posesión de una clave insustituible si se han de explicar fenómenos como el político de la tan mentada —y tan cierta— “balcanización”, que rompió grandes unidades históricas en pequeños fragmentos; si hay que explicar fenómenos como el económico del “monocultivo”, que mediatizó el crecimiento de nuestras economías en su función de complementarias de las economías imperiales; si hay que explicar fenómenos, como el social de la promoción de una clase intermediaria de gerentes y gestores; si hay que explicar fenómenos como el cultural, de una cultura presuntamente universal y desdeñosa de las realidades, valores y tradiciones circundantes.

En este punto, vale la pena hacer dos precisiones. Si la clave del imperialismo es mucho más que este procedimiento para imputar un hecho dado en el diagnóstico ya extendido de un fenómeno universal, se

debe a la forma de incidencia que ese fenómeno imperialista posee y respecto a la cual puede decirse que muchas interpretaciones no sólo no tienen nada de “revisionistas” (y son innecesarias a tal dirección) sino que son las que ofrecen más peligro de caricaturizarlo y hacerlo blanco ataques bien fundados.

El más distraído y colonial de nuestros historiadores ha tenido que referirse siempre a alguna intervención extranjera, a alguna presión para el cobro de deudas, a alguna reclamación insolente de potencias europeas. El más ubedista de nuestros investigadores ha tenido que referirse con elogio a algún gesto de dignidad criolla (así fuera de Julio Herrera) frente a ellas. Pero la noción de “imperialismo” que maneja una historiografía atenta a lo universal es radicalmente distinta a estas presencias episódicas, a estas intrusiones que el más dócil de nuestros inefables internacionalistas dudaría en calificar de jurídicas. Parodiando un texto evangélico el imperialismo que nos interesa es aquel en el que como pueblos, desde que nacimos, “respiramos y vivimos y fuimos”, un gran ámbito histórico en el que como colectividades tuvimos que movernos. Esta conciencia no exige ni la teoría de la “seducción”, ni la de la “traición”, ni la de la “provocación”; no impone que en cada acto de penetración económica, en cada acto estatal tenga que verse una conjura para arruinarnos y esclavizarnos, un elenco de traidores nativos dispuestos a vendernos, una autoridad lejana que mueve los hilos de cada títere nacional. En sus escritos sobre la Revolución Española se burlaba Marx de los que atribuían ciertas perturbaciones políticas peninsulares a la influencia rusa; sostenía, en cambio, que lo que hacía Rusia (en aquel lejano 1850 y tantos) era aprovecharse de ellas.

Realidad e Ideologías

Una concepción del imperialismo más cauta por ello, más sólida, sabe también que la expansión de las ideologías universales que proveyeron el caudal intelectual con el que trató de darse forma a nuestras naciones llevó la doble nota de su propio carácter “ideológico” (típica contribución del marxismo) y su correlativa ambigüedad, una consecuencia tal vez menos explorada hasta hoy.

Los dos conceptos no son cortos de explicitar pero tratemos de abreviarlos desde sus consecuencias: 1) si las “ideologías” universales encubrían los intereses, la voluntad de prestigio y poder de los núcleos que las produjeron, la modelación literal de las naciones hispanoamericanas de acuerdo con sus pautas, presentaba los terribles riesgos de estar sirviendo unos intereses, un prestigio, un poder, que no eran los nuestros; 2) si los efectos de las ideologías por universalidad son ambiguos, también presentó peligros su trasplante; sus resultados pudieron ser – y efectivamente fueron en numerosas ocasiones – antitéticos a los de sus fines coherentemente publicitados.

Creo seguro que la zona más sólida del “revisionismo histórico” rioplatense es la que subraya muchas consecuencias contraproducentes que el traslado de los “ismos” que agrupaba genéricamente la noción de Civilización tuvo en nuestros países. Marca como el liberalismo político, o el librecambismo comercial, o el libreempresismo económico, o el romanticismo cultural, o los valores sociales de la burguesía europea produjeron un desarrollo mediatizado a las conveniencias de naciones, clases y fuerzas ajenas a nosotros. La que subraya, en fin, hasta qué punto la imposición de esas pautas ideológicas se realiza a contramano de unas necesidades nacionales que

imponían soluciones distintas: póngase el caso de un desarrollo industrial proteccionista frente a la indefensión suscitada por el prestigioso librecambismo; póngase el caso de una comunidad de una comunidad rigurosamente unificada en lo ideológico y en lo político frente a las estruendosas recetas del liberalismo político, la pluralidad de partidos y el Estado-garantía que agitaron nuestras poderosas oligarquías.

Civilización y Barbarie

Si todos aquellos “ismos”, como decía, se agrupaban bajo la noción de Civilización, la actitud uniforme de nuestro tradicionalismo historiográfico fue juzgar los acontecimientos de acuerdo a su eficacia en su implantación, de acuerdo a su capacidad en vencer la “Barbarie” tradicional, antimoderna, terrígena e iletrada. Si había tenido que realizarse a sangre y fuego era una lástima, pero Sarmiento y Mitre igual fueron buenos. Si había tenido que recurrirse a la imposición inglesa era una lástima, pero igual los ingleses se habían ido y eran auténticos “gentlemen”.

En ningún tema como en este, la posición del “revisionismo” se deslinda más claramente con la de la historia oficial. Expongámosla sintéticamente. Había en el fondo de nuestras sociedades unas formas de vida y cultura ajenas a lo “moderno”, a lo europeo, a lo “civilizado”. Tenían mucho de valiosas y tenían mucho de malo, de negativo y hasta de horrible. (Hay un “revisionismo” extremista que idealiza la Barbarie, pero esa idealización no compromete la corriente toda). Con todo lo de bueno y de malo que poseían eran “auténticas” y, especialmente, eran populares, eran las de la mayoría de las gentes que vivían en nuestros campos, pueblos (e incluso) ciudades. La

política genuina de un desarrollo nacional debió consistir en, ante todo, tomarlas en cuenta, comprenderlas, reflejar lo valioso [*línea intercalada por error u omisión de líneas previas*: vando todo a normas de convivencia con lo no], qué resultados concretos tendrían esas e pautas, qué “costo” en sufrimientos, en desajuste humano podía tener su imposición, qué presentaban de inadaptable y aún de indeseables.

Es común entre nosotros la idea de que Artigas encarnó en su mejor nivel esa posible política que las fuerzas hostiles frustraron y me parece sustancialmente cierta. Igual creo que Manuel Oribe, en circunstancias más propicias, pudo servirlo; no me parece, evidentemente, que lo haya hecho – por lo menos “positivamente” – en el Cerrito. Y si esto es así es porque desde el fin del federalismo auténtico, antes de 1830, el cuadro social estaba demasiado deteriorado para que el otro término de la alternativa fuera posible. Todo lo que viene después: caudillos, montoneras, insurgencias y protestas puede emocionarnos y puede, la imposición trabajosa, pero segura, de “lo otro”, indignarnos. Los datos, sin embargo, estaban echados y lo que se realizó fue el otro término de la alternativa: un desarrollo, pero “umbilicalmente” dependiente del desarrollo de otros (o “hacia afuera”, como les gusta decir a los economistas), un vivo amor a las Patrias, pero a unas patrias abstractas a las que había que llenar con otras gentes que las irredimibles que las independizaron, una implantación de todos los figurines ideológicos, políticos, sociales y económicos que anduvieran por los aires de Occidente, una identificación persistente entre la prosperidad nacional y la prosperidad de sus clases dirigentes ciudadanas, letradas o comerciantes, latifundistas o militares, nativas o extranjeras.

Subrayar, a menudo con rabia, los efectos de esta política ha sido la tarea del “revisionismo histórico”; apuntar la otra posibilidad, casi siempre melancólicamente, es labor menos insistida. También pertenecerá a algunos la insinuación de que esas normas de la Modernidad no sólo no eran totalmente buenas sino que representaban una concepción singularmente manca, pobre y superada del mundo: esto es lo que me resulta más valioso e importante del ensayo de Ares Pons y lo que importa un fenómeno indudable de todo el “revisionismo” actual: la modernidad imperialista, capitalista, europea, está agotada; la “otra alternativa” está – aunque en otro plano histórico superior – abierta de nuevo. Con esto, es evidente, hemos llegado al punto en que el “revisionismo” parece abrir su flanco a las persistentes objeciones de la vieja historia; es una tendenciosa deformación de “lo objetivo”, es una ensayística divagación sin apoyo documental, es una perezosa generalización que se recuesta en lo ya realizado. Pero analizar estas imputaciones tiene que ser tema de otra eventual nota. Igualmente señalar los peligros latentes de un revisionismo mal entendido. Así mismo, esbozar el panorama del revisionismo historiográfico uruguayo. Así mismo, en fin, poner en contacto (y es labor entretenida) las tesis del revisionismo y una pregonada ciencia histórica marxista-leninista.